

LOS BICIVOLADORES

En una calle de barro, las cosas suceden de una manera muy distinta. Los juegos tienen otro color, como más divertidos ¿viste? Por ejemplo los partidos de futbol son más de potrero, los arcos se hacen con muchas piedritas apiladas y nadie osa no respetarlos.

Los días posteriores a la lluvia te invitan a salir a chapotear en los charcos, aunque mamá después se enoje porque la ropa quedó toda embarrada. El barro también te despierta la imaginación, como por ejemplo armarte las mil y una batallas navales, echando a los charquitos los botecitos de papel y viendo cómo navegan hasta que se mojan de tal manera que se terminan hundiendo.

Hasta los perros disfrutan diferente, retirándose al medio de la calle para tomar su siesta, porque según me dijeron en el medio de la calle no llegan sus enemigas las pulgas, y ellos lo saben.

También cambia la forma de caminar en las calles de barro, tus zapatos nunca permanecen limpios, y esto no es gracioso, no hay nada más engorroso que estar limpiando zapatos embarrados todo el día, ¿intentaron alguna vez caminar con tacos entre el barro y las piedras? Prueben, se van a dar cuenta lo gracioso que uno se ve. Pisando huevos diría mi abuela. Y es así, vamos inseguros y a las chuequeadas, muy divertido de verdad para el que lo está viendo, seguramente no para el que lo está padeciendo.

Los autos circulan diferente porque saben que hacerlo a alta velocidad pondría en riesgo los vidrios y eso a nadie le agrada.

Sí, realmente se vive diferente en una calle de barro y muchas veces se dan situaciones de risa. Algo de eso fue lo que sucedió ese martes cuando Facundo y su pandilla salieron a hacer bicicross por las calles de barro. Armaron la pista con la mayor cantidad de obstáculos, recogiendo ladrillos rotos de los baldíos aledaños, piedritas de todos los tamaños, construyendo rampas con cajones de manzanas que le pidieron a don José, el almacenero del barrio.

Los charcos formados en la calle le daban mucha más emoción a la situación, pues al pasar por ellos el agua saltaba por todos lados y, obvio, quedaban cada vez más sucios, como le gusta estar a cualquier chico que se precie.

Esta calle tenía una particularidad que la hacía mucho más atractiva que cualquier otra. Era empinada.

La calle empezaba con una grandísima lomada que abruptamente bajaba hasta terminar hundiéndose en el barrio Los Troncos donde vivían Facundo y sus amigos.

La consigna del juego era largarse desde lo alto sin frenos hasta el final. Pura adrenalina si tomamos en cuenta que la bicicleta cuando toma velocidad es difícil de controlar y hasta parece que las ruedas se desprenden del suelo y nos lleva a volar...¡Quién no vivió alguna vez esta tremenda experiencia!

Así estaban entonces, cargados de toda la emoción que los chicos encuentran en el riesgo.

Todos treparon costosamente, pedaleando a la cima de la calle Cuevas, y abajo los esperaba Juan, el único que no tenía bicicleta, y que hacía de juez para determinar quién sería el ganador...

La señal para largarse de los altos sería levantar una bandera amarilla. Y así fue, a la señal establecida todos se largaron en masa, a medida que iban bajando la cuesta iban perdiendo el control, sus bicis parecía que habían tomando vida propia, los frenos no respondían, y las ruedas no tocaban el suelo, eso provocó que muchos chocaran entre sí terminando en caídas y derrapes. No faltaron tampoco raspones y golpes, pero eso le ponía más emoción al juego y no los hizo desistir.

Los que se caían, volvían a trepar la cuesta y otra vez a intentarlo. Todo continuó una y otra vez, pero... la última largada tuvo algo tragicómico.

Apenas el ¡Ya! de Juan alzando su bandera amarilla, los chicos volvieron a largarse en esa loca carrera al centro de la calle donde los esperaba un enorme charco de agua y barro estancado del día anterior...

Esta vuelta no hubo caídas y todos venían embalados, sin control en sus bicicletas, sintiendo mariposas en sus barrigas cuando sin saber de dónde vieron cruzar muy despacio a doña Clotilde, una ancianita dulce que siempre les daba dulces y mucho afecto, casi se podría decir que era la abuela postiza de todos los chicos de la cuadra. Ella esa tarde se había quedado sin huevos para hacer sus exquisitos scones y decidió salir a comprarlos; y con ellos venía, caminando -como dije- despacito, cuando de pronto se encontró con los chicos que no podían parar.

Para qué decir lo que pasó, Juancito al ver la situación se tapó los ojos, doña Clotilde terminó revoleando los huevos por el aire y cayendo al enorme charco de agua. Y Facundo y sus amigos hechos una pelota de manubrios, rayos y cubiertas, con sus caras enterradas en el barro y embadurnados con los huevos que caían uno a uno desde el aire...

¿Ustedes creen que doña Clotilde se enojó y castigó a los chicos? Pues se equivocan, de pronto se empezó a sentir una risita que se fue haciendo cada vez más fuerte y que fue acompañada de muchas risas más, las de los chicos que poco a poco se fueron desenmarañando de esa trenza de bicicletas que los había tenido atrapados.

Y así, llenos de barro, arañados, con las caras sucias, y cubiertos los cabellos de huevos se fueron a sus casas. Y les puedo asegurar que ese día martes quedará en la memoria de todos los que participaron de esta loca aventura en bicicletas...